

Atenas 403
Una historia coral

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Athènes 403. Une histoire chorale*

En cubierta: ilustración © Carlos Baonza

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Flammarion, París, 2020

© De la traducción, Susana Prieto Mori

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-84-2

Depósito legal: M-997-2023

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Vincent Azoulay
Paulin Ismard

ATENAS 403

Una historia coral

Traducción del francés
de Susana Prieto Mori

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 133 (Serie Mayor)

Índice

- INTRODUCCIÓN. Por una historia coral 13
El duodécimo día de Boedromión, 16 - La ciudad en coro(s), 18 - El coro, una «metáfora absoluta», 20 - En el corazón de la vida cívica, 22 - Coro democrático, coro oligárquico, 24 - Coro y jerarquías sociales, 26 - El coro en el trance de la guerra civil, 28 - Una historia coral: teorización contemporánea, 30 - Pluralidad, polifonía, disonancias, 31 - Un nuevo análisis de la sociedad ateniense, 33 - Repensar los colectivos a través del prisma del coro, 35.
- CAPÍTULO 1. Critias y los oligarcas 42
¿Critias, incomparable?, 43 - El jefe perdido, 45 - La banalidad del mal, 46 - Generación guerra, 48 - La fractura del exilio, 53 - Critias, portavoz del extremismo oligárquico, 57 - Una política musical, 58 - Las amistades mortíferas, 61 - Elogio político del miedo, 64 - El coro unificado: la alegre purga, 68 - El coro fracturado: extensión del dominio del miedo, 74 - El coro temeroso: el desbocamiento terrorista, 79 - Después de los Treinta, 83.
- CAPÍTULO 2. Trasíbulo y la resistencia democrática 86
Un ilustre desconocido, 87 - Samos 411: un experimento político, 89 - Gracias y desgracias de un condotiero, 92 - Los cien compañeros de Fileo, 95 - El coro ampliado del Pireo, 100 - Hasta a los esclavos: la promesa de Trasíbulo, 105 - La ciudad y sus fronteras: vuelta al orden, 108.

<p>CAPÍTULO 3. Arquino o la victoria de los «moderados» <i>La Atenas reconciliada de Arquino, 113 - El semicoro de los oligarcas, 122 - El semicoro de los demócratas, 128 - Una reconciliación en trampantojo, 133 - La imposición de la concordia, 136 - La historia reescrita, 138 - Violencia de la moderación, 146.</i></p>	<p>111</p>
<p>CAPÍTULO 4. Sócrates y las voces de la neutralidad <i>La neutralidad negativa: en el exilio, 153 - ¿Un partido de los fuera de filas?, 155 - La neutralidad positiva: en la ciudad, 158 - La neutralidad radical: Sócrates el impenetrable, 164 - La ciudad dividida y su fuera de cuadro, 176.</i></p>	<p>149</p>
<p>CAPÍTULO 5. Lisímaca: la sacerdotisa de Atenea y sus dobles <i>¿Guardiana de un ritual inmutable?, 180 - La sacerdotisa en escena, 184 - Coralidad femenina: las «siervas de Atenea», 188 - Mirrine, la otra sacerdotisa de Atenea, 189 - Sieris, doble subalterna de Lisímaca, 194 - «¡Todas Lisímacas!», 196 - Elogio del sueño en historia: la comunidad inconfesada, 200.</i></p>	<p>179</p>
<p>CAPÍTULO 6. Eutero y los trabajadores precarios <i>Escena de la vida rural: el olivo de la discordia, 204 - Hombres escurridizos: los asalariados libres, 206 - Las intermitencias del coro, 212 - La imposible unión de los trabajadores, 215 - Bajo la amistad, la sujeción, 217.</i></p>	<p>203</p>
<p>CAPÍTULO 7. Hégeso o la familia desgarrada <i>El coro doméstico: el oikos de Isómaco, 223 - Una herencia reñida, 224 - ¿Un proceso político?, 227 - La ciudad de los muertos: la familia recompuesta, 229 - Hégeso, la mujer sentada, 230.</i></p>	<p>221</p>
<p>CAPÍTULO 8. Geris y el mundo del Ágora mercantil <i>Nombres de esclavo, 239 - Un verdulero ejemplar, 241 - Si morir es algo bello..., 243 - Hombres y mujeres del Ágora, 246 - El coro tracio de Muniquia, 248.</i></p>	<p>237</p>

CAPÍTULO 9. Nicómaco y los siervos de la ciudad	253
<i>Esquilo en los infiernos: coro y anticoro, 255 - Nicómaco, escriba y administrador, 258 - Lo político y sus fronteras, 260 - Un coro de burócratas, 263 - Más allá de la libertad y la esclavitud, 266.</i>	
CAPÍTULO 10. Lisias, el hombre plural	270
<i>Un estado civil incierto, 273 - ¿El meteco modelo?, 276 - Un demócrata equívoco, 279 - Las paradojas de la logografía, 284 - Una epopeya familiar, 291 - Un minúsculo universo rico, 294 - El sufrimiento en común: ¿un coro de exiliados?, 299 - El discreto encanto de la oligarquía, 302 - La guerra civil o la gran simplificación, 311.</i>	
CONCLUSIÓN. La ciudad en coros	314
<i>El fantasma filosófico, 315 - La polifonía democrática, 317 - Aristóteles o la ciudad coralizada, 320 - Retorno al acontecimiento, 326 - De la stasis como síncope, 328 - ¿Extensión del dominio de la guerra civil?, 333 - ¿Cambio de ritmo? Atenas después de 403, 340 - La última danza de Aristión, 346.</i>	
Referencias cronológicas	349
Notas	352
Índice onomástico	468
Agradecimientos	477

*Al coro de nuestros hijos,
Alice, Carmen, Ferdinand y Simon*

INTRODUCCIÓN

Por una historia coral

*La verdadera tragedia no es cuando muere el héroe,
sino cuando muere el coro.*

JOSEPH BRODSKY

El 11 de enero de 2015, millones de personas desfilaron por las calles, en París y en el resto de Francia, conmocionadas por los atentados contra la redacción de *Charlie Hebdo* y los franceses de confesión judía. Cortejo fúnebre a la par que expresión de unidad nacional y garantía frente al terror, esas manifestaciones tuvieron algo de exorcismo colectivo: muchos ciudadanos se sintieron movilizados para participar, fueran cuales fuesen sus afiliaciones políticas, como si, tras un momento de estupefacción, cada cual sintiera la necesidad de volver a ponerse en movimiento. Los participantes tuvieron entonces la sensación de vivir un momento de una intensidad extraordinaria, que provocó en todos emociones salvajes y contradictorias, mezclando miedo, hostilidad, espíritu de venganza, solidaridad y fraternidad: les pareció vivir, en resumen, un momento histórico.

La amplitud de esa reacción colectiva suscitó grandes esperanzas. Muchos vieron en el fervor de esas manifestaciones la ocasión de reconstruir un vínculo social extenuado, como si en torno a un trauma compartido se abriese una brecha en el orden del tiempo. Tal vez sea eso lo propio de todo acontecimiento histórico: hacer que surjan virtualmente otras formas de «hacer sociedad», de ordenar los cuerpos y los seres, antes de que esas

virtualidades vuelvan a sumirse en los abismos del olvido histórico, borradas por los discursos oficiales. Pero por ser surgimiento de lo instituyente, de lo ordinariamente recubierto por el funcionamiento instituido de la sociedad, todo acontecimiento auténtico abre tanto la posibilidad de la reunión como la de la división radical.

De hecho, en el mismo momento de comunión que conoció Francia en enero de 2015, no tardaron en alzarse voces discordantes. Desde los primeros momentos después de los atentados, hubo que rendirse a la evidencia: no todo el mundo deseaba participar en esas marchas colectivas. Si bien en los desfiles hubo gran número de manifestantes, muchos estuvieron ausentes, tanto que hubo quien vio en los inmensos cortejos del 11 de enero la emanación de una Francia temerosa de clase media y alta, étnicamente homogénea. No, definitivamente no todo el mundo era «Charlie»: las redes sociales actuaron como una caja de resonancia excepcional para las voces que rompían el coro al unísono. Se expresaba en ellas el legítimo recelo frente a la unión sagrada y su instrumentalización por parte de un presidente y un gobierno que perdían fuerza y que invitaron a jefes de Estado poco democráticos a la cabeza del desfile. No tardaríamos en constatar que la retórica de la unanimidad iba a abrir el camino, en los años sucesivos, a la institucionalización progresiva del estado de alarma.

¿Cómo «hacer sociedad»? Esa fue la pregunta que se impuso en el debate público durante el mes de enero de 2015. Comenzado antes incluso del inicio de esa secuencia terrorista y acabado mientras una pandemia reactiva antiguos miedos, este libro desea profundizar en esa pregunta dando un rodeo que lleva hasta los confines de una célebre ciudad griega de la Antigüedad: Atenas. La sociedad ateniense del siglo V a. C. para pensar el presente: la empresa parece absurda a primera vista, pues nos resultan ajenas las reglas que la gobiernan. Es difícil, en efecto, proyectarse en una sociedad basada en la exclusión política de más de tres cuartas partes de los habitantes que la componen: las mujeres libres, los extranjeros y los esclavos. Ciertamente, pero

frente a esa comprensible idea preconcebida conviene recordar que los atenienses del siglo V fueron los primeros en instituir un régimen político basado en la participación de una proporción considerable de la población, en cuyo seno las distinciones de fortuna no eran obstáculo para la igualdad ante la ley, y que a esa forma de organización comunitaria inédita le dieron el nombre de democracia, por lo que sigue siendo un territorio fértil para pensar lo político hoy en día.

Sin duda, el regreso a Atenas necesita intermediación para ofrecernos las «lecciones» de la historia que nuestra inquietud y nuestra impotencia parecen reclamar. Tucídides y Platón no resolverán nuestro presente. Pero, aun así, la experiencia ateniense puede ayudarnos a aguzar varias de las cuestiones decisivas de nuestro tiempo: ¿de qué forma el conjunto de los mecanismos de inclusión y exclusión que genera un grupo puede construir, más que la suma de redes dispares, una verdadera sociedad? Al contrario, ¿mediante qué procesos llega una sociedad a desgarrarse, a desintegrarse incluso? ¿Cómo cohabitan en su seno espacios sociales y temporalidades heterogéneas? ¿Con qué condiciones mantener el fervor insinuante de la situación de alarma sin caer en la unidad totalitaria? Todas esas cuestiones se despliegan con claridad en un momento muy singular de la historia de Atenas.

A finales del siglo V a. C., acabó «la mayor crisis que conmocionó a Grecia y a una fracción del mundo bárbaro, pues afectó, por así decirlo, a la mayor parte de la humanidad»¹. Acentuada por una terrible epidemia y por masacres masivas, la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.) concluyó con la derrota de Atenas y el desmantelamiento de su imperio marítimo. Marginalizados durante mucho tiempo, los oligarcas atenienses aprovecharon la debacle para tomarse la revancha en la ciudad: con el apoyo de las tropas espartanas, una comisión de treinta atenienses puso fin a las instituciones democráticas que regían el funcionamiento de la vida política desde hacía más de un siglo. Liderados por Critias

y Caricles, los Treinta redujeron drásticamente el corpus cívico —limitado en adelante a tres mil ciudadanos— y multiplicaron las ejecuciones sumarias, los expolios arbitrarios y los destierros colectivos^{3*}.

Los demócratas no dejaron de reaccionar a estos abusos: a finales del año 404, Trasíbulo reunió a un ejército de voluntarios, compuesto por ciudadanos atenienses exiliados, metecos e incluso esclavos. Saliendo de Tebas, esta tropa heteróclita se apoderó en primer lugar de la fortaleza de Fileo en el norte del Ática y, unas semanas más tarde, tomó el control del puerto estratégico del Pireo. Aprovechando la actitud expectante de los espartanos y los desacuerdos en el seno de la oligarquía, «los del Pireo» obtuvieron entonces varias victorias sonadas sobre «los de la Ciudad». Tras largas y complejas negociaciones, la reconciliación se concluyó por fin a principios del otoño de 403³.

El duodécimo día de Boedromión

Casi cincuenta años más tarde, los atenienses podían fechar con precisión el día de la victoria de los hombres de Trasíbulo: cada año, el duodécimo día de Boedromión, celebraban, más que una simple restauración de las instituciones democráticas, la refundación del régimen inaugurado cerca de un siglo antes por Clístenes en 508/507 a. C. Los atenienses celebraban en esa ocasión su libertad recobrada, «pues en ese día regresaron los exilados de Fileo»⁴; con un sacrificio en honor de su divinidad tutelar, la ciudad conmemoraba el recuerdo de su unidad recobrada.

Lo que los atenienses celebraban no era en absoluto evidente. ¿Qué acontecimiento en concreto señalaba a sus ojos la reunificación de la ciudad y el fin definitivo de la guerra civil? El duodécimo día de Boedromión, cuando los vencedores tomaron posesión de la ciudad, la comunidad ateniense presentaba un doble

* Se ofrece una cronología simplificada de los acontecimientos en la página 349 de este volumen.

rostro. Tras ocho meses de guerra civil, Trasíbulo y sus hombres formaron al principio una procesión que ascendió armada hasta la Acrópolis para rendir culto a la diosa Atenea⁵. Después, al bajar de la Acrópolis, los estrategas convocaron una asamblea durante la cual Trasíbulo se dirigió al conjunto de los ciudadanos. Al término de la reunión, los atenienses designaron a los magistrados del nuevo año y «la vida pública recuperó su curso»⁶.

Así pues, la ciudad presentó dos rostros de sí misma muy distintos: por una parte, el de un cortejo procesional que rinde culto a Atenea; por otra, el de una comunidad política reunida en el gran lugar de deliberación democrática que es la Asamblea, en la colina de Pnyx.

La Acrópolis y la Pnyx: dos representaciones canónicas de la ciudad o, más exactamente, dos formas de construir la idealidad de la ciudad griega. Estas dos representaciones suelen funcionar de forma invertida. El rito cívico se analiza generalmente como un medio de construir la unidad de la comunidad política. La procesión de 403 sería el símbolo mismo de la reunificación de la ciudad, en torno a un ritual en honor de Atenea, después del desgarramiento de la guerra civil. A la inversa, la Asamblea es el lugar donde se expresaría el desacuerdo y, potencialmente, la división política.

Ahora bien, aquel día de octubre de 403, esos dos momentos funcionaron a contrapelo de las representaciones habituales: mientras el ritual, en principio integrador, manifestaba la división de la comunidad, la ciudad recobraba la unidad en la Asamblea, sede de enfrentamientos políticos a menudo violentos. Sería un error interpretar la procesión hasta la Acrópolis a la luz de las Panateneas, el gran rito cívico que ponía en escena a la ciudad en su unidad⁷. Si bien recorría el mismo trayecto, la procesión de Trasíbulo tenía un significado muy distinto. La escena no presenta en modo alguno el hermoso orden de las Panateneas, el de los manuales escolares y que los turistas del mundo entero acuden a contemplar en el British Museum. Más que una simple reconciliación con los dioses, allí se lleva a cabo la toma del poder por parte de un bando en perjuicio del otro. La procesión y el sacri-

ficio, en efecto, solo conciernen a los demócratas del Pireo: los hombres que quedaron en la ciudad fueron excluidos⁸; lo que es más, esta procesión fue, sin duda, armada, como si la amenaza aún planeara y los demócratas estuvieran dispuestos a lanzarse sobre los primeros tiranos que se presentaran, al igual que Harmodio y Aristogitón, que, un siglo antes, habían aprovechado la procesión de la Panateneas para asesinar a Hiparco, el hijo del tirano Pisístrato. Marcada por el sello de la división, la procesión exhibía la separación visible entre demócratas y oligarcas, gentes del Pireo y de la Ciudad, participantes en el ritual y simples espectadores, que respiraban el humo de los sacrificios sin poder acceder al festín.

Por el contrario, en la Asamblea se manifestó la unidad recordada de la comunidad, gracias a la presencia conjunta de los ciudadanos de Atenas y los demócratas exiliados. Todos escucharon el discurso unificador de Trasíbulo que, en la forma que le dio Jenofonte, instaba a los vencedores a mantener su palabra y a respetar a los vencidos. Lejos de ser un lugar de disensión o conflicto, la Asamblea, aquel duodécimo día de Boedromión del año 403, fue el lugar donde se selló la reconciliación entre ambos bandos.

La ciudad en coro(s)

De las dos concepciones de la ciudad que acabamos de describir —«ciudad en el sacrificio» o «en asamblea»—, ambas herederas de las fuentes antiguas y profusamente abordadas por los historiadores del mundo griego, ninguna transmite por sí sola *la* realidad de la ciudad. Ahora bien, existe otra configuración sensible mediante la cual el imaginario cívico gusta de representar la *polis* y los distintos grupos que la componen: la del coro. De hecho, los autores antiguos no retuvieron la metáfora de la procesión o del sacrificio para pensar la unión de la comunidad. Antes que la procesión, que se desplaza linealmente en el espacio, prefirieron destacar la figura del coro, que gira sobre sí mismo, organiza una

experiencia común y aspira a crear el acuerdo entre los participantes.

Para comprenderlo, retrocedamos unas semanas, a la colina de Muniquia en el Pireo, después de la gran batalla entre demócratas y oligarcas en la cual pereció el sanguinario Critias, primera etapa hacia la reconciliación. Tras la victoria de los demócratas, el heraldo de los misterios de Eleusis, Cleócrito, toma la palabra. El personaje goza de considerable prestigio a causa del vínculo específico que mantiene su familia con uno de los cultos más importantes de la religión cívica ateniense, el de Deméter y Perséfone en Eleusis. Pero, en la vibrante llamada que dirige a los oligarcas vencidos, recurre a movilizar la figura del coro para pensar lo que une a los ciudadanos atenienses más allá de sus divergencias políticas.

Cleócrito, el heraldo de los mistos, que tenía una hermosa voz, ordenó silencio para decir: «Conciudadanos, ¿por qué nos echáis, por qué queréis matarnos? Por nuestra parte, nunca os hemos hecho daño: hemos participado con vosotros en las ceremonias más solemnes, en los sacrificios y en las fiestas más bellas; *hemos bailado juntos en los coros (sugkhoreutai), seguido la misma formación coral en nuestra infancia*⁹, servido juntos en las mismas filas, hemos soportado con vosotros muchos peligros por tierra y por mar, cuando se trataba, para unos y otros, de proteger la seguridad y la libertad comunes. En el nombre de los dioses de nuestros padres y madres, de nuestro vínculo de parentesco, de alianza y de amistad —pues todos esos vínculos unen a muchos de nosotros—, dejad de perjudicar a la patria, no obedezcáis más a los Treinta, los hombres más impíos, que han hecho perecer, prácticamente, a más atenienses en ocho meses que todos los peloponesios en una guerra de diez años».¹⁰

Las fiestas, los sacrificios, el ejército y los coros: Cleócrito enumera un conjunto de prácticas que contribuyen, según él, a fabricar la comunidad ateniense. Si nos proponemos aislar el coro en esa gama de actividades integradoras, es porque los propios

griegos recurrieron de forma preferente a la figura coral para pensar el funcionamiento de la ciudad.

El coro, una «metáfora absoluta»

Afirmémoslo de entrada: el coro desempeña la función de una metáfora en el pensamiento ateniense, al igual que otras imágenes rectoras, como el tejido, la esclavitud o la navegación¹¹. Lo coral evoca la organización ideal de un colectivo, ya se trate de objetos en la esfera doméstica, de los grupos humanos más variados o del propio cosmos. En el *Económico* de Jenofonte, Isómaco presenta con forma de coro la disposición de los calderos en la cocina de su *oikos*, cuando afirma: «Todas estas especies de utensilios forman un coro y el espacio que rodean se hace bello cuando está bien despejado. Del mismo modo, un coro cíclico (*kuklios choros*) no solo ofrece un hermoso espectáculo por sí mismo, sino que su centro aparece igualmente bello y puro»¹². En el tratado pseudo-aristotélico *Del mundo*, el propio cosmos, los astros y el cielo se asimilan a un coro cuya divinidad sería el corifeo, es decir, quien dirige su desarrollo:

Así pues, cuando en un coro el corifeo ha comenzado, todos los que lo componen, hombres o mujeres, le responden y forman un concierto de voces de todas clases, graves y agudas. Lo mismo sucede con la divinidad cuando actúa en el universo. Mediante la impresión que da desde lo alto este corifeo del mundo, los astros y todo el cielo se ponen en marcha para moverse eternamente.¹³

Entre el espacio doméstico, en casa de Isómaco, y el orden de los astros, en el cielo, todas las formas de los colectivos pueden pensarse mediante la metáfora coral¹⁴. La obra de Platón ofrece la ilustración más impactante: en los diálogos del filósofo, el coro sirve para representar a grupos de todas clases, humanos y no humanos, desde el entorno de ciertos sofistas o políticos hasta gru-

pos de edad enteros, pasando por el agrupamiento de animales, dioses y hasta vicios y virtudes¹⁵. La metáfora es especialmente estructurante porque puede describir formas de asociación valorizadas, ideales incluso —la ronda de los astros—, o, al contrario, muy inquietantes, como los aduladores que, en la corte de Alejandro Magno, componían un coro detestable, conducido por un tal Medio de Larisa¹⁶.

¿Qué sentido puede otorgarse a este uso extensivo de la metáfora coral? Hans Blumenberg mostró que la metáfora era parte integrante de todo discurso filosófico, cuyo conjunto de enunciados y conceptos nunca se despliega con la total claridad de una palabra clave para el conjunto de sus definiciones¹⁷. Así pues, toda metafísica es «llevada» por metáforas que no puede justificar plenamente y que irrigan una conceptualidad que se desarrolla también mediante metáforas secundarias, hiladas, a través de las cuales se construye la coherencia de un sistema de interpretación del mundo¹⁸, de modo que la historia del pensamiento es también la de sus «grandes constelaciones metafóricas situadas en el trasfondo de las propias metafísicas, a las que nutren»¹⁹. El mundo como libro que descifrar²⁰, la verdad como luz, la vida como un viaje por mar²¹ son otras tantas metáforas que recorren la historia intelectual, mostrando horizontes de sentidos últimos a través de los cuales el pensamiento puede desplegarse. Estas metáforas tienen una función orientadora y de representación del mundo como totalidad y, si bien sobrepasan lo que puede decirse científicamente, no por ello dejan de producir conocimientos.

En este sentido, lo coral es una metáfora absoluta en el pensamiento griego, es decir, un medio para representar —ya que forma parte del orden del mundo— la organización o planificación de un colectivo en su mayor generalidad. Si la imagen es memorable, es porque se apoya en una experiencia y un saber tan comunes que no necesitan hacerse explícitos.